

SANTIAGO VERONESI, UN MONJE EN EL CLAROSCURO DE LOS TIEMPOS DEL CONCILIO

La noticia de que el P. Santiago Veronesi había retornado al Padre el día 3 de marzo de este año 2010 no dejó de afectarme, como a todos los que tuvieron el privilegio de disfrutar de su limpia amistad. Además, en su caso no es sólo una persona querida y apreciada de la que se nos priva, sino que con él se ha ido también toda una parte de la historia monástica del Cono Sur, con las alegrías y decepciones de los años del Vaticano II. No muy prolongadas fueron mis convivencias con él, otros podrían decir mucho más y más autorizadamente que yo; pero estas líneas, con ser sólo un esbozo, se acercan a la figura del P. Veronesi en cuanto inmersa en una época precisa.

Mi primer contacto con él ocurrió durante el tiempo de mis estudios en la archiabadía San Martín de Beuron, Alemania, de la que dependía nuestro monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes. Más exactamente esto fue durante una semana de mayo de 1957. Yo me estaba aprestando para mi ordenación sacerdotal, que recibiría en julio del mismo año, mientras que el P. Santiago ya había sido ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1952 en la abadía del Niño Dios, Argentina. Pero para entender mejor este encuentro hay que retroceder en el tiempo.

Santiago Veronesi había nacido el 24 de mayo de 1928 como cuarto hijo de una familia de 15 hermanos. Su hermana mayor murió santamente después de una larga vida como carmelita descalza. Su segundo hermano, el P. Ángel Veronesi, es monje sacerdote en la abadía de Niño Dios. Santiago había ingresado en 1939 al floreciente oblatado de Niño Dios y cursó allí sus estudios primarios y secundarios. El 21 de diciembre de 1945 había iniciado su noviciado, el 6 de enero de 1950 había emitido su profesión solemne y comenzado sus estudios teológicos. Terminada su teología, se desempeñaría como secretario del abad Lorenzo

¹ Monje de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Santiago de Chile.



Balerdi. Eran los años en que se gestaba y preparaba la fundación del monasterio de Cristo Rey en el Siambón, Tucumán, en el cual el abad Lorenzo veía una oportunidad de ensayar una renovación de la vida monástica. El P. Santiago acompañó muy de cerca al abad Lorenzo en este proyecto y cuando se procedió a la fundación en abril de 1956, formó parte del grupo de monjes elegidos por el abad para el nuevo monasterio. Pero aquellos albores fueron para él el inicio de la vivencia del misterio de la Cruz, muy presente en toda su vida: se hizo necesaria una operación de úlcera, aparentemente muy sencilla y de pronta recuperación. Pero todo se complicó y debió permanecer seis meses en grave estado y al borde de la muerte en el hospital de Caridad de la ciudad de Rosario. Durante esos meses fue sometido a cuatro operaciones muy complicadas que le salvaron la vida. Finalmente en octubre de 1956 pudo integrarse, muy convaleciente, a la comunidad de Cristo Rey.

Ya para entonces el abad Lorenzo Balerdi sufría de un profundo agotamiento, por lo cual la visita canónica y la comunidad de Niño Dios le aconsejaron un largo descanso en Europa. Esto también le brindaría la oportunidad de visitar diferentes monasterios, sobre todo franceses, para interiorizarse de los movimientos de renovación monástica. Como acompañante le fue adjudicado el P. Santiago, necesitado igualmente de convalecencia e interesado en profundizar sus conocimientos de la teología monástica. Tal viaje se desarrolló entre diciembre de 1956 y noviembre de 1957 y así fue posible que se diera aquel encuentro en Beuron entre el P. Santiago, monje de El Siambón y el diácono Mauro, monje de Las Condes. Una semana completa duró esta hermosa convivencia junto al Danubio, en la cual tuvimos muchas ocasiones de intercambiar ideas sobre lo que más nos interesaba: la renovación monástica por medio del retorno a las fuentes. Yo había leído con pasión los *Apotegmas* de los Padres del desierto; y las fotografías de aquel rústico monasterio de piedra en los confines del Tucumán, que me mostraba el P. Santiago, me parecían la encarnación del ideal de oración, silencio y soledad que embargaba nuestras vidas jóvenes en aquel tiempo. Nos despedimos con el deseo no muy explícito de volver a encontrarnos entre aquellas rocas de contemplación. Al recordar este fecundo encuentro me parece vislumbrar en esos años entre 1950 y 1960 el presagio de las renovaciones venideras, las del concilio Vaticano II. Fue la época de la restauración de la Vigilia Pascual y de la consiguiente reforma de la Semana Santa, aún en tiempos del papa Pío XII, que estudiábamos y analizábamos en nuestras clases de liturgia. Simultáneamente se comentaban por aquellos tiempos los ensayos de retorno a las fuentes en algunos monasterios, como por ejemplo, en el benedictino de la Pierre qui Vire (Francia) y en el cisterciense de Hauterive (Suiza). Esto fue también el marco histórico de la fundación

del monasterio de Cristo Rey, en El Siambón.

Aunque el P. Santiago había retornado muy recuperado a la Argentina, el P. Abad Lorenzo no había logrado el mismo nivel de salud y así tuvo que dimitir de su cargo en mayo de 1958. Lo sucedería como abad de Niño Dios el P. José Germaniez. El 14 de enero de 1959, este nombraría al P. Santiago Prior del Siambón, como sucesor del fundador y constructor del monasterio, P. Juan Vicente García Geniz. En 1960 se otorgó la independencia del monasterio de Cristo Rey y el 25 de noviembre de aquel año el P. Santiago Veronesi fue elegido primer Prior conventual de dicho monasterio.

Yo había retornado a fines de 1959 a Las Condes; poco después llegó también nuestro nuevo Prior, el P. Adalberto Metzinger (1959-1969), bajo cuya guía tuvieron lugar en nuestra comunidad cosas importantes: el año 1962 inaugurábamos la escuela teológica de los monasterios de Las Condes y de Los Toldos, lo cual incluía que los estudios de filosofía se harían en Los Toldos. Se produjo así un feliz intercambio de jóvenes monjes del Cono Sur. Providencialmente la mayoría de ellos llegarían a ser después superiores y abades de sus respectivos monasterios. Y esto, a su vez, posibilitaría posteriormente la formación de la Congregación Benedictina del Cono Sur. Más aún: en el mismo año 1962 se inauguraría el Concilio Vaticano II, que fue seguido con intenso interés en todos los monasterios. Las lecturas en refectorio de las crónicas del concilio de José Martín Descalzo y de otros producían por doquier ebulliciones espirituales. En resumen: tuvimos el gran don de tiempos creativos y fecundos.

Dentro de este cuadro quiero entender también mi viaje al monasterio del Siambón, que comenzaba al día siguiente de la solemne clausura del Concilio, el 8 de diciembre de 1965. Las espectaculares ceremonias finales del Concilio nos henchían el pecho de felices presagios. Profundos y luminosos habían resonado los mensajes finales del papa Pablo a los diferentes estamentos de la sociedad: gobernantes, hombres del pensamiento y de la ciencia, artistas, mujeres, trabajadores, pobres, enfermos, sufrientes y jóvenes. Teníamos fe en que, una vez superados ciertos elementos escleróticos de la Iglesia, una vez abiertas sus cerradas ventanas por la voz vigorosa del Papa Juan XIII y respirando ya bocanadas de aire fresco, el mundo se arrepentiría de sus opacidades y vendría humilde y alegre al regazo de la madre; el hijo dejaría su comida de bellotas para arrodillarse arrepentido ante el Padre. Ignorábamos que, en realidad, a pesar de tantas saludables reformas y felices renovaciones, nos esperaba un futuro muy diferente y caminábamos, inconscientes y confiados, al encuentro de aquel difícil año 1968, comienzo de tan duro despertar y sorprendida decepción por el éxodo de tantas vocaciones religiosas. Pero estábamos aún en los finales de 1965 y yo, por mi parte, iba feliz

de tener al fin aquel encuentro con el gran silencio, tan amado por los Padres del desierto. Mi ruta había sido Santiago, Mendoza, San Juan, Catamarca y, por fin, San Miguel del Tucumán. En ese lugar debía dirigirme al colegio de los Padres lourdistas, para encontrarme allí con el P. Santiago. Pero ya en el camino escuché de improviso su voz alegre llamándome por mi nombre. Y era él, el Prior del monasterio de Cristo Rey, montado en una bicicleta, que me había reconocido. Desde nuestra conversación en Beuron habían transcurrido ocho años, por lo que nos dimos un apretado abrazo, al borde de la vereda, la bicicleta de por medio. Nunca me había tocado saludar a un superior en esta forma como de colegas. Era él todo acogida, todo amistad, todo bienvenida, como lo había sido ocho años antes en Beuron. Fuimos caminando hasta el colegio de los Padres, él con la bicicleta, yo con mi valija. En la iglesia de severo estilo gótico, que parecía un modelo en dimensiones reducidas de la basílica de Luján, saludamos primeramente al Señor Sacramentado. Almorzamos con los hospitalarios Padres y a las 16.15 abordamos con el P. Santiago un ómnibus rural, que nos dejó en nuestra meta después de dos lentas horas de viaje, muy conversadas, porque el buen Padre había delatado a los pasajeros, que parecían conocerse todos mutuamente, que yo, el Padrecito chileno, iba por primera vez al monasterio del Siambón. El chofer decidió no cobrarme el pasaje y acercándose el término del viaje me llamó hacia adelante, me tomó del antebrazo y me dijo con rebosante benevolencia: “Ahora, mire Padrecito”. Desde lo alto de una cuesta distinguí a lo lejos, contra el cielo reluciente del atardecer, la mole gris del monasterio con su campanario, rodeado de colinas cubiertas de tupidos bosques. Pareció que los pasajeros y el mismo P. Santiago gozaban con mis manifestaciones de admiración y asombro.

Yo había escrito pocos años antes un pequeño estudio titulado “Aflicción y consuelo en los Padres del desierto”, que tuvo la fortuna de ser publicado en la revista *Studia monastica* de Montserrat y posteriormente mereció una traducción al francés. Me había intrigado entonces la frecuencia del tema de la aflicción en los antiguos monjes. Había comprendido que tal *thlipsis* y tal *anapausis* no tenían que ver con dolores físicos o privaciones, sino que eran experiencias místicas. Con mucha ingenuidad pensaba que el P. Santiago y su monasterio de piedra podrían explicarme mejor la misteriosa relación entre aflicción y experiencia de Dios.

Desde la portería del cenobio se abría la puerta hacia un claustro de bellas proporciones con césped verde al medio. Por encima de los techos se distinguían las colinas boscosas que rodeaban la casa de Dios. La generosidad del P. Santiago me permitió compartir con él y su comunidad más de un año de una *conversatio* muy santa, que agradeceré siempre y que motivó estas líneas.

“La posibilidad de entrar en relación con otro demuestra la vitalidad del corazón. La amistad comienza más allá de las palabras, por ese deseo sincero de diálogo, por una disposición de acogida mutua”: con estas palabras, leídas en un artículo de un dominico francés, resumo mi experiencia de aquel año 1966 y la mitad de 1967, vivido en la soledad del Siambón.

Para empezar por los conceptos de “soledad” y “silencio”, de ellos había abundancia en el Siambón: silencio en la hermosa capilla de piedra con el gran Cristo Rey pintado directamente sobre el muro de piedra del ábside; silencio en la celda, en los pasillos, pero más que nada en el vasto paisaje de fulgurante belleza de los alrededores, en las serranías boscosas, en valles y quebradas, junto a los arroyos. Cuando se salía del recinto monacal no se percibía ni un sonido, sólo el gemido de cierto pájaro, repetido en intervalos exactos durante horas. Esa vocecita distante y persistente en medio del silencio me taladraba el alma. Allí comprendí de improviso lo que significaba la expresión de Ortega y Gasset “Yo soy yo y mis circunstancias”. Cuando por un voluntario exilio, uno es despojado de las “circunstancias” que habitualmente nos rodean y entretienen, circunstancias dolorosas o queridas, circunstancias bellas o feas, pero circunstancias, sólo circunstancias, al fin, no queda más que el pobre yo, solo y desamparado. Y cuando ese pobre yo, despojado de sus “circunstancias”, se presenta ante la majestad de Dios experimenta tan vivamente la propia nada que le parece morir: he aquí la famosa “aflicción” de los antiguos monjes. Como habitualmente las “circunstancias”, las cosas que están alrededor de uno, impiden este despojamiento, tantos monjes antiguos, Isaías de Gaza, Juan Clímaco, los monjes irlandeses, emprendían la *peregrinatio*, la *xeniteia*, el “martirio verde”, dejando atrás la propia patria. La soledad y el silencio no son entonces simples vacíos o carencias, sino que-mantes purificaciones, trabajosas terapias. Los monjes del lugar no podían compartir conmigo tal experiencia, porque estaban tan sumergidos en sus “circunstancias” como yo lo había estado en mi propio monasterio.

El clima del Siambón, comparado con el del valle central de Chile, me parecía violento con sus alternancias rápidas de sol y lluvias fuertes con fríos y neblinas muchas veces prolongadas. La colina del monasterio limitaba con una hondonada que se extendía de Norte a Sur y por la que venía la carretera de muy poco movimiento. Si por este valle avanzaban nubes en la dirección Norte Sur era señal segura de buen tiempo. En ese caso todo el panorama se ponía colorido y amable, bajo un alegre cielo azul. Si por el mismo valle venían nubes del Sur con trayectoria hacia el Norte había que esperar fríos, lluvias, neblinas y eso durante varios días. Yo me sentía pobre, privado como estaba de mis circunstan-

cias; las lluvias, lloviznas y sábanas blancas de espesa neblina me exigían un esfuerzo espiritual suplementario. Rezar un rato ante el Santísimo ayudaba para salir de la emergencia, también un rosario bien rezado, dando vueltas por el querido claustro. Pero no pocas veces terminaba golpeando la puerta del P. Prior Santiago. Con él nos hacíamos mutuas confidencias sobre la dificultad de soportar los días grises, especialmente si no se iban, y otros temas espirituales. El era muy humilde y muy sensible y confesaba que cuando le bajaba la presión arterial sentía mucho frío y desolación.

Pero nunca dejó de ser acogedor para mí, abierto, comprensivo, un superior de “puerta abierta”. Me recomendó que colaborara con el P. Pablo Sáenz, en ese tiempo residente en el Siambón. El P. Pablo había escrito un libro sobre la vida monástica y tuvo la bondad de permitirme colaborar con él en la revisión de su obra. Para esta faena nos sentábamos juntos en la antesala de la biblioteca, a la hora de la siesta, y releíamos página por página, buscando enriquecer los textos con citas de los antiguos solitarios o del magisterio de la Iglesia. Este trabajo en común también fue amistoso, cordial. Decidimos darle al libro el hermoso título de “Diálogo del silencio” y logramos que se editara con sugestivas fotografías y sustancioso prólogo de Arturo Paoli, hermanito del evangelio, al año siguiente. Pensábamos que nuestra obra común iba a suscitar vocaciones a la vida monástica, pero apenas fue leída por algunos y menos aún comentada en las revistas especializadas.

El régimen de la comunidad, de unos quince monjes, era admirable. Aparte del oficio divino que nos reunía siete veces al día en la iglesia, se tomaba muy en serio el trabajo manual. El Siambón tenía una importante apicultura, dirigida con mucha competencia técnica por el P. Juan Vicente García Geniz, el Prior anterior al P. Santiago. Del colmenar se extraía la jalea real y en esos años una comunidad como la de El Siambón podía vivir holgadamente de la venta de este producto. Nos sustentábamos pues, realmente, del propio trabajo, que duraba toda la mañana, mientras que las tardes eran reservadas para el estudio y las clases. Nos congregábamos en una sala alrededor de una larga mesa, en la cual cada grupo en silencio se encargaba de una de las etapas del envasado de la jalea real en cápsulas, que a su vez se depositaban en frascos y estos en cajitas, hasta llegar a la etapa final de armar los paquetes. El trabajo comenzaba a las 8 y se interrumpía a las 9 para rezar Tercia en la iglesia. Se terminaba con sexta a las 12. En la tarde el tiempo de siesta se finalizaba con el rezo de Nona, seguían las clases y al atardecer se rezaban vísperas unidas a la Eucaristía. Y después de la cena venían las Completas, todo a la luz de faroles. Hay que destacar la circunstancia de que en esos años no teníamos luz eléctrica en el monasterio, nos manejábamos con faroles de kerosene. Era una disciplina un tanto severa, pero a la larga muy sana y terapéutica.

Cuando el P. Santiago me recibía para conversaciones más largas me ofrecía uno de los inventos más amables de la cultura rioplatense: un mate. Al principio me desagradaba el sabor amargo, pero gradualmente fui captando las bondades de esta costumbre, que fomenta la amistad y concede una grata lucidez. Terminé aliándome con el mate hasta en los momentos de *lectio divina*. Nuestras conversaciones no eran mera defensa contra el frío y la neblina: hablábamos ante todo de las consecuencias del Concilio. Tomando, por ejemplo, el N° 22 del Decreto *Perfectae caritatis*, que preconizaba “Los monasterios *sui juris* deben promover, según la oportunidad y con aprobación de la Santa Sede, federaciones entre sí, dado que de algún modo pertenezcan a la misma familia religiosa”, aplicábamos esto a nuestra situación en los monasterios del Cono Sur de América. En la misma línea de contribuir a la renovación monástica, conversamos en grupo con el P. Prior Santiago y el P. Pablo Sáenz sobre la ventaja de fundar una revista que acogiera y difundiera aquellos tópicos y le dimos el nombre de “Cuadernos monásticos”. El P. Santiago estaba dispuesto a proponer y defender aquellos proyectos en la primera reunión de superiores monásticos de Argentina y Chile que se iba a reunir en marzo de 1966 en Los Toldos a instancias de él mismo.

El primer número de la planeada revista se publicaría en forma mimeografiada en la abadía de Santa Escolástica, en septiembre de 1966 y en él aparecería la crónica de esta histórica reunión, redactada por el entonces Hno. Martín de Elizalde. Citaremos sólo los párrafos iniciales, ya que ponen en evidencia el rol jugado por el P. Santiago:

“Del 3 al 5 de marzo de 1966 se reunieron en el monasterio de Santa María de Los Toldos, los superiores de los monasterios benedictinos y cistercienses de Argentina y Chile. La iniciativa partió del R. P. Santiago Veronesi, OSB, Prior del monasterio de Cristo Rey y respondieron a ella todos los superiores (...).

El objeto del encuentro era, como lo expresó en la primera reunión el R. P. Veronesi, hacer que los monasterios se conocieran y amaran más, e integraran sus esfuerzos en una acción común, a lo que sin duda invita la común vocación monástica según la Regla de San Benito.

Durante tres días muy intensos se sucedieron conferencias y debates. Los temas que se trataron fueron: la posibilidad de una mayor unión entre los monasterios; la fundación de una revista monástica latino-americana; el oficio divino; los estudios y la formación de los jóvenes monjes; la adaptación de la vida religiosa según el Concilio. Actuaron como relatores el R. P. Veronesi y el R. P. Adalberto Metzinger, OSB, Prior del monasterio de Las Condes, Chile.

Tanto en las relaciones de los temas como en los debates que seguían a su lectura, se hizo evidente la identidad casi total de ideas entre los superiores y su coincidencia sobre las medidas prácticas a adoptar”

“Cuadernos monásticos” apareció desde entonces hasta la actualidad en el ritmo de cuatro números por año. Puede decirse en consecuencia que esta publicación, con sus cuarenta y cuatro años de vida –un patente milagro– es uno de los frutos más visibles de las iniciativas del P. Santiago.

El otro fue la segunda reunión de los superiores del Cono Sur, que, según se había determinado en la de Los Toldos, se iba a celebrar en 1967 en el monasterio de Cristo Rey, de El Siambón. También de esta, presidida por el P. Prior Santiago Veronesi, estamos ampliamente informados por la respectiva crónica, publicada en el número 4/5, de noviembre de 1967 de “Cuadernos monásticos”:

“En nueve sesiones, realizadas entre los días 20 y 24 de junio de 1967, los superiores monásticos de Argentina y Chile llevaron adelante y perfeccionaron los planes de *aggiornamento* e intensificación de la ayuda mutua, cuyas bases se habían echado en la primera reunión de Los Toldos, en marzo de 1966... En esta reunión de El Siambón maduró rápidamente la idea de iniciar los trámites para constituir: 1. Una “Conferencia de superiores monásticos”, que integrarían benedictinos y trapenses, monjes y monjas, y 2. Una Congregación de monasterios benedictinos, formada por aquellos monasterios de Argentina y Chile que, siendo independientes, quisiesen afiliarse a ella”.

Estas dos decisiones, que la crónica califica de “históricas”, cuajaron poco después en la “Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur”, actualmente SURCO, y en 1970 en la Precongregación benedictina que, a partir del 27 de diciembre de 1976 se convertiría en “Congregación benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur”.

Con ello ya se había asimilado una buena parte de la renovación propiciada por el Decreto conciliar *Perfectae caritatis*. En esa época dos monjes que habían hecho estudios de postgrado en Europa y venían muy imbuidos de lo que habían vivido y leído en aquel continente, también hablaban del Concilio, pero habían descubierto un nuevo giro, que después se generalizó mucho, especialmente en América latina: Era el tema candente de los pobres, de la desigual distribución de los bienes de esta tierra, en una palabra, de la justicia social. Esto cristalizaría al poco tiem-

po (1968) en la asamblea general del episcopado latinoamericano en Medellín y se derramaría con cada vez mayor intensidad en todos los ambientes eclesiales. También la vida monástica resultó afectada, porque surgió en muchos monasterios el deseo de compartir más de cerca la vida de los pobres y marginados, desplazando con fuerza el tema anterior de la renovación monástica o identificando ambas cosas. ¿Quién podría condenar las diversas iniciativas a favor de un mayor acercamiento a los pobres que surgieron en ese tiempo en casi todos los monasterios? ¿No era acaso muy evangélico el tema de la pobreza y de los pobres? El problema radicaba en la manera de aproximarse o de pregonar este tema.

Pero aún más: junto con ello se difundía también una concepción “rupturista” del Concilio. Ya no se veía el Vaticano II en la misma línea de los concilios anteriores, sino como una revolución que obligaba a romper con el mundo de la tradición, una especie de Toma de la Bastilla que obligaba a condenar el *Ancien Régime*. El largo pontificado del papa Juan Pablo II fue determinante en la disipación de esos humos de pólvora, restableciendo el equilibrio.

A mí ya no me tocó vivir aquella etapa en el Siambón, pues había retornado a mediados de 1967 a mi monasterio de Las Condes. Pero pude imaginarme cómo aquellos nuevos dinamismos afectaron la sensibilidad del P. Santiago y bombardearon su intrínseca bondad. A las tensiones que se originaron en esos años, no sólo en El Siambón, sino en toda la Iglesia, vino a añadirse en el P. Santiago un cáncer de vejiga, para cuyo control debía viajar periódicamente a Buenos Aires. Tuvo que luchar para que se aceptase su renuncia al cargo de Prior a partir de fines de 1969 hasta marzo de 1971. Entró en una especie de receso sacerdotal, hasta que finalmente, en noviembre de 1976 solicitó a la Santa Sede su reducción al estado laical con las dispensas anexas. El 7 de junio de 1977, concedida la dispensa, hizo preceder a su firma del documento la siguiente oración: “*In te, Domine speravi, non confundar in aeternum*. Guíame en tu verdad, enséñame Tú que eres mi Dios y Salvador. Yo siempre espero en ti a causa de tu bondad, Señor. Pongo mi vida en Dios Padre”. Queda, pues, patente que los móviles de su renuncia al sacerdocio no procedían de algo turbio, sino de esa misma “aflicción” sobre la que meditábamos más arriba.

El P. Santiago trabajó en una fábrica que tenía su hermano en Córdoba hasta 1981, cuando dicha fábrica se trasladó a Gualeguaychú, Entre Ríos. Pudo así acompañar a su anciana madre en sus últimos años de vida, siendo siempre para parientes y amigos un elemento de paz, de armonía, de unión y de consejo. Cuando su hermano cerró la fábrica, Santiago Veronesi se dedicó a trabajar independientemente en lo que más le atraía: apicultura y dulcería. Con el fruto de su trabajo ayudó, con gran generosidad, a cuanto necesitado encontraba. Por lo demás, en su corazón

nunca murió ni el monje, ni el sacerdote. Nunca abandonó su oración y su *lectio divina*, más allá de toda estructura.

Hacia el año 1998, aconsejado también por familiares y sacerdotes amigos, se animó a tratar su retorno al sacerdocio. El mismo obispo diocesano inició los trámites para que él pudiera reintegrarse. Recibido el rescripto favorable, el obispo lo nombró vicario parroquial de la parroquia de Nuestra Señora de Luján, de Gualeguaychú, el 1º de diciembre del año 2000.

Ejerció su ministerio con verdadero celo apostólico, tanto en la parroquia como en las numerosas comunidades rurales que atendía, con especial dedicación a los más pobres, incluso cuando ya su enfermedad había minado todo su organismo y agotado sus fuerzas.

Una última vez pudimos volver a encontrarnos, esta vez en la abadía del Niño Dios, Entre Ríos. Nos abrazamos de nuevo, le expresé mi alegría por su retorno al sacerdocio y en seguida nos pusimos a hacer recuerdos de El Siambón, del inmediato postconcilio. Le pregunté por qué había entrado en dudas acerca de todo lo que habíamos vivido, creído y profesado en esos años, pero no pudo darme razón convincente. Valoro, sin embargo, que me confidenciara que había sido el rezo cotidiano del Rosario lo que lo había devuelto a su sacerdocio.

Sus últimos meses fueron una larga y dolorosa agonía. Ante el avance de la enfermedad –un cáncer en la garganta– luchó por la vida hasta el último instante, hasta que se durmió serenamente en el día y el mes señalados.

*Abadía de la Sma. Trinidad
Las Condes. Santiago
CHILE*